

VII.—ARSENIATO DE SOSA

LA mano misteriosa empuñaba un frasquito, cuyo contenido vació en la poción. Después, lo mismo que había venido, la mano se retiró, lentamente, prudentemente, calladamente, y la llave giró otra vez en la cerradura, y el cerrojo recobró su lugar.

Después de haber recomendado a Matrena por última vez que no se moviese, Rouletabille se dirigió a paso de lobo a la escalera, saltó los peldaños, bajó deslizándose por la rampa hasta la galería, atravesó como una flecha el salón, y sin haber tropezado con un mueble, llegó al saloncillo. No había visto ni oído nada; en torno de él todo estaba tranquilo y silencioso.

La primera luz de la aurora se filtraba a través de las ventanas. Pudo comprobar que la única puerta cerrada era la del cuarto de Natacha. Se detuvo delante de aquella puerta, palpitándole el corazón, y escuchó afanosamente. Mas no percibió ningún ruido. Se había deslizado con tanta cautela sobre la alfombra, que estaba cierto de no haber sido oído. ¿Iría a abrirse aquella puerta? Esperó. Pero fue en vano. Le parecía que sólo su corazón estaba vivo en la casa. Le horripilaba el horror que entreveía, que casi tocaba ya, aunque aquella puerta permaneciese cerrada. Se apoyó en el muro para trepar a la ventana, cuya cortina levantó. La ventana del saloncillo que daba al Neva estaba ce-

rrada. La barra de hierro interior ocupaba su sitio. Entonces fué al corredor, subió y bajó la pequeña escalera de servicio, anduvo por todas partes, en todas las piezas, deslizándose por todos lados sus manos silenciosas, asegurándose de que ningún cierre interior había sido violado. Volvió a la galería, y habiendo levantado la cabeza, percibió en lo alto de la escalera un rostro pálido como la muerte, fúnebre la aparición que en la penumbra se inclinaba sobre él. Era Matrena Petrovna. Bajaba como un fantasma, y el joven no reconoció su voz cuando le dijo: *¿Dónde? ¿Quiero que me digáis dónde?*

—Todo lo he registrado—dijo el repórter, tan bajo, que Matrena tuvo que acercarse todavía más para percibir el leve soplo de su voz.—Aquí todo está cerrado, y *no hay nadie.*

Matrena miró a Rouletabille hasta el fondo de los ojos, para sorprender en ellos todo su pensamiento; pero él no desvió la mirada, y la dama no vió en ella cosa alguna que no quisiera mostrarle. Entonces Matrena señaló con el dedo el cuarto de Natacha.

—¿No has entrado allí?—dijo.

Y él respondió:

—No hace falta entrar ahí.

—Sin embargo, yo entraré—replicó la pobre mujer; y le castañeteaban los dientes.

El periodista le cerró el paso abriendo los brazos.

—¡Si estimáis aquí la vida de alguien—dijo el joven,—no deis un paso más!

—¡Pero están en esa habitación; en ésa! ¡Ahí es dónde hace falta ir!—y le apartó con un gesto de alucinada.

Para volverla a la realidad y hacerla comprender lo que quería decirle, tuvo que apretarle una muñeca en el tornillo de su mano nerviosa.

—Tal vez no estén ahí—dijo moviendo la cabeza.—
¡Comprendedme!

Pero ella no comprendía, y siguió diciendo:

—Puesto que no están en ninguna otra parte, ¿dónde están?

Pero Rouletabille continuó obstinadamente:

—¡No, no! ¡Puede ser que hayan partido!

—¡Partido! ¡Si todo está cerrado por dentro!

—Eso no es una razón.

Pero Matrena no comprendía. A toda costa quería entrar en la habitación de Natacha, pensamiento que la dominaba en absoluto.

—Si entráis ahí—dijo el joven—y si (lo que es muy posible) lo que buscáis no está ahí, todo se habrá perdido. *Y en cuanto a mí, renuncio a todo.*

La pobre mujer se dejó caer en una silla.

—¡No hay que desesperarse!—murmuró el repórter.—
¡Todavía no sabemos nada!

Ella sacudió lúgubrementemente su pobre cabeza blanca, y dijo:

—¡Sabemos que ahí sólo está *ella*, pues nadie ha podido entrar ni nadie ha podido salir!

Y esta idea le trastornaba el cerebro, le impedía comprender ni por asomos el pensamiento de Rouletabille. Se reanudó, pues, el imposible diálogo.

—Repito que no sabemos si habrán salido—insistía el repórter, pidiéndole las llaves.

—¡Loco! ¿Por dónde?

—Busquemos fuera, como hemos buscado dentro.

—¡Ah! ¡Todo está cerrado por dentro!

—Señora, vuelvo a deciros que eso no es una razón para que no estén fuera.

Y empleó cinco minutos en abrir la puerta de la galería:

tantas eran las precauciones que tomaba. La dama le miraba hacer impaciente.

El joven musitó:

—Voy a salir; pero no perdáis de vista el saloncillo. A la menor alarma, llamadme; en caso de necesidad, disparad el revólver.

Y bajó al jardín, siempre tomando minuciosas precauciones para no turbar el silencio. Desde el sitio donde se hallaba, y por la puerta que había quedado abierta, Matrena podía observar todos los gestos del repórter, y al mismo tiempo vigilar la puerta de Natacha. La actitud de Rouletabille despertaba su curiosidad sobre toda ponderación. Le miraba entontecida. También un *dvornick* que hacía su guardia en el camino contemplaba al joven a través de la verja como hubiera considerado a un loco: con verdadera consternación. En los paseos secos de tierra apisonada o de cemento que no mostraban ninguna huella de pasos, Rouletabille avanzaba lentamente. En torno suyo comprobaba que el césped no estaba pisoteado. Hecho esto, ya no miró al suelo: parecía estudiar atentamente el color rosa del firmamento, respirar con delicia el fresco de la mañana en medio del silencio de la tierra, aún dormida.

Con la cabeza descubierta, la frente alta, las manos a la espalda y los ojos fijos, daba algunos pasos, luego se detenía de pronto, como si le hubiera tocado una descarga eléctrica. Tan pronto como parecía haber sentido esta sacudida, se detenía, volvía hacia atrás, y tomaba otra senda, por la cual avanzaba de nuevo de frente, erguido, con la cabeza alta, con la misma mirada fija, hasta que súbitamente suspendía su marcha, como si algo o alguien le aconsejara o le ordenase no ir más lejos. Volvía otra vez hacia la casa, y así recorrió todas las avenidas que

conducían a la quinta; pero en todos estos ejercicios tenía cuidado de no ponerse en el punto de vista, muy limitado, de la ventana del cuarto de Natacha, orientada en otra dirección, en la pared escorzada del edificio. Cuando tuvo que colocarse frente a ella, se deslizó a gatas hasta la platabanda que bordeaba el pie del muro, y así tuvo certidumbre de que nadie había saltado por allí. Entonces volvió a la galería en busca de Matrena.

—Nadie ha entrado esta mañana en el jardín—le dijo;—nadie ha salido de la quinta al jardín. Ahora voy a explorar fuera. Quedaos aquí, que en cinco minutos estoy de vuelta.

Partió. Llamó discretamente a la ventana de la portería, y esperó algunos segundos. Bien pronto salió Ermolai para abrir la verja. Matrena avanzó hasta el umbral del saloncillo, y miró con espanto la puerta de Natacha. Sentía que le flaqueaban las piernas: no podía soportar de pie el pensamiento demoníaco de semejante crimen. ¡Ah! ¡Aquel brazo..., aquel brazo que se alargaba..., se alargaba, con un pomo brillante en la mano! ¡Dios misericordioso! ¿Qué contenían aquellos libros malditos sobre los cuales se inclinaban frentes jóvenes y pálidas, para que fueran posibles tales abominaciones? ¡Ah, Natacha! A ella era a quien hubiera querido preguntárselo, oprimiéndola hasta ahogarla sobre su rudo pecho, y estrangulándola con su propia mano para no oír la respuesta. ¡Ah, Natacha, a quien tanto había querido! Echóse al suelo, se arrastró por la alfombra hasta la puerta, se extendió como un perro, y con la cabeza entre los brazos, rompió a llorar por su hija. ¡Natacha, Natacha, a quien había amado como si fuera su madre, y que no la oía! ¡Ah! ¿Qué era lo que el joven francés había ido a buscar fuera, cuando toda la verdad estaba detrás de aquella puerta? Pensando en él, tuvo vergüenza de que la hallase en aquella postura de animal; se incorporó de rodi-

llas, y así fué acercándose a la ventana que daba al Neva. La inclinación de las maderas le permitía ver muy bien lo que pasaba fuera, y lo que vió la hizo levantarse rápidamente. A su vista el repórter se entregaba a los mismos incomprensibles ejercicios que le había visto realizar en el jardín. Tres senderos conducían al Neva desde el estrecho camino que bordeaba el muro de la quinta. Siempre con las manos a la espalda y con la cabeza levantada, el joven los recorrió sucesivamente. En el primero se detuvo al primer paso. Dió hasta dos pasos en el segundo; en el tercero, que torcía hacia la derecha, le vió avanzar primero lentamente, más aprisa después entre los arbolillos y los setos. Sólo una vez se detuvo y miró atentamente el tronco de un árbol, en el cual pareció reunir alguna cosa invisible, y luego prosiguió hasta el río. Allí se sentó en una piedra, y pareció reflexionar; luego, repentinamente, se quitó el chaleco y los zapatos, miró a cierto punto del ribazo frente a él, y por último, acabando de desnudarse, se arrojó al agua. Bien pronto le vió la dama nadar como un delfín, hundirse, y sacar la cabeza de tiempo en tiempo, respirar, y volver a sumergirse. Llegó en Kristowsky Ostrow a una espesura de cañas, y desapareció. A lo lejos, rodeadas de un grupo de árboles verdes, se divisaban las tejas rojas de la quinta que habitaban Boris y Miguel. Desde aquella quinta podía percibirse la ventana del saloncillo de los Trebassof, pero en modo alguno lo que ocurriría entre el pie del muro y el río. Un *isvotchick* avanzaba por la lejana senda de Kristowsky, conduciendo en su coche una bandada de jóvenes oficiales y de señoritas que parecían ir de merienda, y cantaban alegremente: después todo volvió a caer en profundo silencio. Los ojos de Matrena buscaron todavía a Rouletabille; pero ya no le encontraron. ¿Cuánto tiempo permaneció la dama allí, con la frente

apoyada en el cristal helado? ¿Qué esperaba? ¿Tal vez que algo se moviera allí al lado, que se abriese la puerta cercana, y apareciese el pérfido rostro de *la otra*?

Una mano prudente la tocó con suavidad, y se volvió. Allí estaba Rouletabille, con la cara surcada de líneas rojas, sin cuello ni corbata, y que apresuradamente se había vestido sus ropas. Parecía furioso de hallarla en semejante descuido. Como un niño se dejó conducir por él, que la llevó a su habitación, y después de cerrar la puerta le dijo:

—Señora, es imposible *trabajar* con vos. ¿Qué hacíais llorando a dos pasos de la puerta de vuestra hijastra? Vos y vuestro Kuprian empezáis a hacerme sentir la nostalgia del *faubourg* Poissonniere. Seguramente, vuestra hijastra os habrá oído. Por fortuna, no da ninguna importancia a vuestras fantasmagorías nocturnas, a las cuales hace mucho tiempo que se hallaba habituada. La señorita Natacha es más razonable que vos. Duerme..., o parece dormir, lo cual tranquiliza a todo el mundo. Pero ¿qué le responderéis si por casualidad os preguntase hoy el motivo de vuestras idas y venidas por el saloncillo, y si se quejara de que no le habéis dejado pegar los ojos?

Matrena sacudió su blanca cabeza, diciendo:

—¡No, no! ¡No me ha oído! Fuí allá como una sombra, como la sombra de mí misma. No es posible que me haya oído, porque no se oye a una sombra.

Rouletabille tuvo piedad de ella, y le habló más dulcemente.

—En todo caso, es preciso—entendedlo bien,—es preciso que no atribuya a lo que ha pasado esta noche más importancia que a lo ocurrido en todas las precedentes. No es la primera vez que habéis vagado por el saloncillo. ¿Me comprendéis? Y mañana, señora, *besadla como todos los días*.

—¡No; eso no!—gimió la desdichada.—¡No podría!

—¿Por qué no?

Matrena no respondió a esta pregunta. Lloraba. El joven la estrechó entre sus brazos, como un niño que consuela a su madre.

—¡No lloréis!—le dijo.—¡No lloréis más! No se ha perdido todo. *Alguien ha salido esta mañana de la quinta.*

—¡Oh querido *domovoi!* ¿Cómo lo has averiguado?

—Como dentro no había encontrado nada, era preciso que fuera hallase algo.

—¿Y lo has encontrado?

—Sí.

—¡La Virgen te proteja!

—Nos ayuda; no nos desampara. Hasta diría que tiene especial predilección por las Islas. *¡Ella vela por nosotros de la noche a la mañana!*

—¿Lo crees así?

—Sin duda alguna. ¿Sabéis a qué llamamos nosotros *los hilos de la Virgen?*

—Sí; a éstos que los insectos del buen Dios tejen entre los árboles, y que...

—Perfectamente. ¡Al fin me habéis comprendido! Y me comprenderéis mejor cuando sepáis que la primera cosa que en el jardín me rozó la frente cuando hube bajado a él, fueron esos *hilos de la Virgen* tejidos por los insectos del buen Dios. Al primero que sentí en el rostro, dije para mí: *¡Ah; por aquí no ha pasado nadie!* Y busqué por otro sitio. Los hilos me han detenido por todos lados en el jardín; pero fuera de él me han dejado pasar tranquilamente por un camino que conduce al Neva. Entonces me dije: "¡Ah! ¿Será por casualidad que la Virgen ha olvidado su tarea por este sitio?" Pero no; es que los habían roto: en-

contré sus extremos adheridos a los arbustos. Así llegué al río.

—Y te has arrojado al agua, querido amigo. ¡Nadas como un ángel!

—Llegué al mismo sitio donde abordó el otro. Sí; allí había cañas recién quebradas, y por entre ellas me deslicé en la hierba.

—¿Hasta dónde?

—Hasta la quinta Kristowsky, señora, *donde viven los dos.*

—¡Ah! ¿Es de allí de donde han venido?

Hubo un momento de silencio. Luego preguntó Matrena:

—¿Boris?...

—Alguien que ha venido de la quinta, y luego ha regresado. Boris, o Miguel, u otro. En las cañas había señales de la ida y de la vuelta; para venir se ha servido de una barca: la vuelta la ha hecho a nado.

Hizo presa en la dama su acostumbrada agitación, y preguntó ardorosamente:

—¿Estás seguro de que alguien ha venido aquí y ha salido después?

—Completamente seguro.

—¿Por dónde?

—Por la ventana del saloncillo.

—¡Es imposible! La hemos visto cerrada.

—*Es posible, si la ha cerrado tras sí.*

—¡Ah!

Volvió a estremecerse, y de nuevo cayó en su pesadilla. Ya no tuteó a su *domovoi* como se tutea a un ángel tutelar que nos presta un servicio diez veces más precioso que la vida. El joven esperaba; al fin, le dijo brutalmente.

—¿Por qué me habéis impedido arrojarme sobre él

cuando empujaba la puerta? ¡Ah! ¡Le habríamos cogido!
¡Se sabría!...

—¡No! Al menor ruido, no habría tenido más que tirar de la puerta. Una vuelta de llave, y se nos escapaba para siempre, *porque ya estaba prevenido*.

—¡Ah, desdichado! ¿Por qué, sabiendo que iba a venir, no me habéis dejado a mí en el cuarto, y velado vos abajo?

—Porque *si yo hubiese estado abajo, no habría subido*. Sólo viene cuando abajo no hay nadie.

—¡Ah! ¡Que San Pedro y San Pablo se apiaden de una pobre mujer! ¿Qué es, pues, lo que crees? Yo ya no creo nada. ¡Dimelo; tú debes de saberlo todo! ¡Lo sabes! ¡Vamos! ¡Te pregunto la verdad! ¿Será un enviado del Comité? ¡Siempre el Comité Central! ¡Siempre los nihilistas!

—*¡Si no hubiera más que eso!*—dijo tranquilamente Rouletabille.

—¿Te has propuesto volverme loca? ¿Qué quieres decir con eso?

Rouletabille, imperturbable, no respondió a esta pregunta.

—¿Qué habéis hecho con la poción?—preguntó a su vez.

—¡La poción! ¡El vaso del crimen! Lo he guardado en mi habitación, en el armario. Allí...

—Pues hay que volver a llevar el vaso del crimen al sitio de donde le habéis tomado.

—¿Cómo?

—Después de verter el veneno en un frasco y haber limpiado el vaso, debisteis haberlo llenado otra vez con la poción.

—Tenéis razón. ¡En todo pensáis! Si el General despierta y pide la poción, es preciso que nada sospeche y que pueda beberla.

—No es preciso que la beba.

—Entonces, ¿para qué prepararla?

—Para que *se sepa*, querida señora, que si no ha bebido, es porque no ha querido beber. *Así, será una pura casualidad que no se haya envenenado*. ¿Me habéis comprendido ahora?

—¡Oh; sí, Dios mío! Pero si el General despierta y quiere tomar el narcótico...

—Le diréis que yo lo he prohibido. He aquí lo que debéis hacer: cuando *se entre* mañana en el cuarto del General, ostensiblemente y con absoluta naturalidad arrojaréis esa poción inútil y trasnochada, y nadie podrá asombrarse de que el General continúe disfrutando de excelente salud.

—¡Sí, sí, amigo mío! ¡Eres más sabio que el rey Salomón! ¿Y qué haré con el frasco del veneno?

—Me lo daréis a mí.

—Ahora mismo.

Fué a buscarle, y volvió al cabo de cinco minutos.

—Sigue durmiendo—dijo.—He puesto el vaso en la mesa, fuera de su alcance. Si quiere beber, necesitará llamarme.

—Muy bien. Ahora cerrad la puerta. Tenemos que hablar.

—*¿Y si alguien viene por la escalera de servicio?*

—¿Para qué? Ya creen envenenado al General. Es el primer minuto de tranquilidad que puede disfrutarse en vuestra casa.

—Cuando hayas acabado de estremecerme de horror, hombre endemoniado, ¿guardarás bien el secreto? No siendo así, el General moriría más seguramente que si en realidad hubiera sido envenenado. Pero ¿qué haremos con Natacha? No me atrevo a preguntárselo más que a ti, ¡a ti solo!

—Absolutamente nada.

—¿Cómo nada?

—La vigilarémos.

—¡Ah; sí, sí!

—Pero dejadme que la vigile yo solo.

—Sí; te lo prometo. No la vigilaré más. Está prometido. Haz lo que quieras. Pero ¿por qué me decías hace un instante, cuando te hablaba de los nihilistas, *¡si no hubiera más que eso!* Crees, pues, que ella misma es nihilista? ¡Lee tales cosas..., cosas de barricadas!...

—Señora, no pensáis más que en Natacha. Me habéis prometido no volver a vigilarla: prometedme también no pensar más en eso.

—¿Por qué, por qué has dicho *¡si no hubiera más que eso!*?

—*Porque si en este asunto, señora, no hubiera más que nihilistas*, la cosa sería muy sencilla. O, mejor dicho, lo hubiera sido. ¿Creéis que un nihilista puro, que no fuera más que nihilista, hubiera preferido que su bomba estallase en un ramo de flores más bien que en cualquiera otra parte donde pudiese despedazar al General? ¿Creéis que hubiera causado menos efecto detrás de la puerta que delante de ella? ¿Y creéis que un verdadero revolucionario, tal como se crían por aquí, se entretendría en entrar en la quinta para quitar dos clavos de una tabla del pavimento cuando entre dos visitas le dejaran tiempo para entrar en el comedor? ¿Creéis que un revolucionario que quiere vengar a los muertos de Moscovia, y que puede llegar hasta una puerta detrás de la cual duerme el general Trebassof, se divertiría en hacer un agujero con un alfiler para descorrer un cerrojo y verter veneno en una copa? ¡Ca! Hubiera arrojado la bomba, dispuesto a saltar él mismo con la casa, o a ser detenido en el acto, o sufrir el

martirio del calabozo en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, o a ser colgado en Schlüsselbourg. ¿No es eso lo que se ve todos los días? Así es como hubiera obrado, y no como un ratero de hotel. Por lo tanto, en vuestra casa hay alguien (*o alguien entra en vuestra casa*) que obra como un ratero, *porque no quiere ser visto, porque no quiere ser descubierto, porque no quiere que le sorprendan*. Y desde el momento en que nada teme tanto como ser sorprendido, y para evitarlo despliega gran habilidad de prestidigitador, *es que su objeto no se limita al asesinato, a la bomba o al veneno*. De ahí la necesidad de bombas de explosión lenta, reguladas por un aparato de relojería, depositadas en un sitio donde puedan confundirse con otros objetos, y no en el descansillo y al descubierto, en una escalera condenada para todo el mundo, pero que vos recorréis veinte veces al día.

—¡Pero, entonces, ese hombre se pasea por aquí a su voluntad día y noche! ¿No respondes? ¿Le conoces tal vez?

—Acaso le conozca; pero todavía no sé quién es.

—¡No eres curioso, *domovoi-douk!* Ciertamente, un amigo de la casa, que cuando quiere entra en ella de noche *porque le abren la ventana*, y que viene de la quinta de Kristowsky. ¡Boris, o Miguel! ¡Ah; pobre de mí! ¿Por qué no matan a la pobre Matrena? ¡A su general! ¡A su general! ¡Soldados que vienen de noche para matar a su general, ayudados por!... ¿Por quién?... ¿Lo crees, luz de mis ojos? ¿Crees eso? ¡No, no! ¡No es posible! Sabed, señor *domovoi*, que no puedo creer en semejante horror. ¡No, no! ¡Por nuestro Señor Jesucristo, que murió en la Cruz y que lee en el fondo de los corazones, no creo que Boris, aunque tiene ideas muy avanzadas (lo confieso, no hay que olvidarlo, muy avanzadas, y que hace versos tan atrevidos; siempre se lo he dicho), no creo que Boris sea

capaz de semejante crimen! En cuanto a Miguel, es un hombre honrado. Y mi hija Natacha es una buena muchacha. Esto se presenta mal: es cierto; pero no sospecho de Miguel, ni de Boris, ni de mi pura y bien amada Natacha (aunque en verso francés libre haya hecho una traducción muy avanzada, ciertamente indigna de la hija de un general). He aquí el fondo de mi pensamiento, el fondo de mi corazón. ¿Me has entendido, ángel del Paraíso? ¡Ah! ¡A ti es a quien el General debe la vida, a quien debo la vida yo! ¡Sin ti, esta casa sería un sepulcro! ¿Cómo podrás alejarte de mí? ¡No quieres nada! ¡Te molesto! ¡Ni siquiera me escuchas! ¡Un sepulcro! ¡Estaríamos en un sepulcro! ¡Dime lo que deseas! ¡Todo lo que yo tengo te pertenece!

—Deseo fumar una pipa.

—¡Ah! ¡Una pipa! ¿Quieres tabaco rubio y perfumado que todos los meses recibo de Constantinopla, un verdadero regalo de harén? Si lo quieres, haré que te traigan para fumar diez mil pipas.

—Prefiero el mío—respondió Rouletabille.—Pero tenéis razón. La sabiduría consiste en no sospechar nunca de nadie. Se ve, se comprueba, se espera. Una vez cobrada la caza, siempre es tiempo de ver si es liebre o jabalí. Oídme, mi buena mamá. En primer término, hay que saber lo que contiene el frasco. ¿Dónde está?

—Helo aquí.

El joven se lo metió en el bolsillo.

—Decid de mi parte al General que le deseo buen apetito. Voy a salir. Estaré de vuelta, a lo más, dentro de dos horas. ¡Sobre todo, que el General no sepa nada! Voy a ver a un amigo mío, que vive en la *Aptiekarshí pereoulók* (1).

(1) Calle de los Farmacéuticos.

—Acordaos de que os espero, y despachad pronto por amor a mí. ¡Mi sangre se congela cuando no estás aquí, querido enviado de Dios!

Matrena subió al cuarto del General, y volvió a bajar diez veces para ver si Rouletabille había regresado. Dos horas después estaba de vuelta en la quinta, según había prometido. La dama no pudo menos de correr a él, por lo cual fué reprendida.

—¡Calma, calma!—le dijo el joven.—¿Sabéis lo que contenía el pomito?

—No.

—Arseniato de sosa, en suficiente cantidad para matar a diez personas.

—¡Virgen María!

—¡Callad! Subamos al lado del General.

Feodoro Feodorowitch tenía un humor excelente. Era la primera buena noche que pasaba después de la muerte de la juventud de Moscovia. Lo atribuía al hecho de no haber tomado la poción, y una vez más resolvió prescindir de aquel narcótico, a lo cual le animaron Matrena y Rouletabille. En esto estaban cuando llamaron a la puerta del cuarto de Matrena, que corrió a ver lo que pasaba, y regresó acompañada de Natacha, que quería besar a su padre. El rostro de la joven indicaba fatiga. De seguro no había pasado tan buena noche como su padre. El General la riñó por su mala cara.

—Es verdad. He tenido malos sueños. Pero tú, papá, ¿has dormido bien? ¿Has tomado el narcótico?

—¡No, no! ¡No he bebido ni una gota de la poción!

—Sí, ya lo veo. ¡Eso está bien! ¡Hay que volver al sueño natural!

Como hipnotizada por Rouletabille, Matrena cogió el vaso que estaba en la mesa, y ostensiblemente fué a tirar su

contenido al gabinete tocador, donde se detuvo un poco para recobrar su presencia de ánimo. Natacha continuó:

—Verás, papá, como al fin viviremos lo mismo que todo el mundo. Todo consiste en haber alejado a la policía, a la enojosa policía. ¿No es verdad, señor Rouletabille?

—Siempre lo he dicho, y soy del mismo parecer que la señorita Natacha. Ahora ya podéis estar completamente seguros, y os dejaré tranquilos. Sí; ya es preciso que vaya pensando en acabar pronto mis tareas y en partir. Pues bien; lo digo como lo siento: quedaos solos, y no correréis ningún peligro. Además, el General va mejor, y espero que pronto os verá a todos en Francia. Desde ahora os doy gracias por vuestra amistosa hospitalidad.

—¡Ah! ¿Pero vais a marcharos? ¡No os vayáis!
Ya Matrena se disponía a protestar con locuacidad poderosa y con toda la angustia de su corazón desgarrado, cuando un signo del repórter cortó en seco su naciente desesperación.

—Todavía permaneceré ocho días en la quinta. He tomado una habitación en el Hotel de Francia, porque era necesario. Tengo que ver y recibir a muchas personas. De vez en cuando vendré a haceros una visita.

—¿Estáis, pues, bastante tranquilo—preguntó gravemente el General—para dejarme completamente solo?

—De todo punto tranquilo. Además, no os dejo del todo solo, sino con la Generala y con la señorita. Os lo repito: permaneced los tres como os veo ahora. ¡Nada de policía! En todo caso, la menos posible.

—¡Tiene razón, tiene razón!—repitió Natacha.
En aquel momento se oyeron de nuevo algunos golpes en el cuarto de Matrena. Era Ermolai, el cual anunció que Su Excelencia el Mariscal de la Corte, conde de Kaltsof, deseaba ver al General de parte de Su Majestad.

—Ve a recibir al Conde, Natacha, y anúnciale que tu padre bajará al instante.

Bajaron Natacha y Rouletabille, que encontraron al Conde en el salón grande. Era un magnífico señor, hermoso y robusto como un suizo de iglesia. Miraba a todos lados, escudriñaba los muebles, y parecía inquieto. Se adelantó hacia la joven preguntándole qué noticias había.

—Son buenas—respondió Natacha.— Todo el mundo se porta a las mil maravillas. El General está contento. Pero ¿qué tenéis, señor Mariscal? Parecéis preocupado.

El Mariscal había estrechado ya la mano a Rouletabille.

—¿Y mis uvas?—preguntó a Natacha.

—¿Cómo vuestras uvas? ¿Qué uvas?

—¿No las habéis tocado? ¡Tanto mejor! ¡Estaba ansioso! Ayer os traje de Tsarskoie-Selo algunos racimos de uvas del Emperador, que Feodoro Feodorovitch estima tanto. Pues bien; esta mañana supe que el hijo mayor de Doucet, el jardinero mayor de las Prisiones reales de Tsarskoie, ha muerto comiendo de esas uvas, entre las cuales escogí yo ayer las mías antes de venir. ¡Juzgad cuál sería mi angustia! Sin embargo, sabía que en la mesa del General no se comen uvas que no hayan sido lavadas; y aunque pensaba que había tomado la precaución de hacer que os advirtieran que Doucet recomendaba lavarlas cuidadosamente... No podía imaginar que mi obsequio pudiera ser peligroso, y cuando esta mañana me anunciaron la muerte del pequeño Doucet, cogí el primer tren que salía, y he venido en un brinco.

—Pero, Excelencia—interrumpió Natacha,—nosotros no hemos visto vuestras uvas.

—¡Ah! ¿No os las han servido todavía? ¡Tanto mejor, gran Dios!

—¿Son, pues, malas las uvas del Emperador?—in-

terrogó Rouletabille.—¿Ha invadido las viñas la filoxera?

—Nada la detiene, según me ha dicho Doucet, que no quería dejarme marchar sin haberlas lavado por sí mismo. Por desgracia, yo tenía mucha prisa, y me las llevé tal como estaban. No creía que el ingrediente que les echan para preservarlas fuera tan temible. A lo que parece, en los viñedos todos los años ocurren accidentes parecidos. Creo que la llaman la *papilla*...

—¿La *bordelesa*?—dijo Rouletabille con temblorosa voz.—¿Y no sabéis, Excelencia, lo que es eso?

—A fe mía que no.

En aquel momento el General bajaba la escalera agarrado al pasamanos y sostenido por Matrena Petrovna.

—Pues bien—continuó Rouletabille, mirando a Natacha;—la *bordelesa*, con que estaban embadurnados los racimos que trajisteis ayer al general Trebassof, *es ni más ni menos que arseniato de sosa*.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó Natacha.

En cuanto a Matrena Petrovna, lanzó una sorda exclamación, y soltó al General, que tuvo que bajar por sí solo la escalera. Todos se precipitaron hacia él. El General reía. Bajo la severa mirada de Rouletabille, Matrena balbuceaba que había sentido “una especie de debilidad”. Por último todo el mundo se reunió en la galería. El General ocupó su sillón, y preguntó:

—¿Qué es lo que decíais, Mariscal? ¿Me habéis traído uvas?

—Sí—dijo Natacha muy asustada,—y lo que nos contaba el Mariscal no es muy divertido. El hijo de Doucet, el jardinero de la Corte, acaba de envenenarse con las mismas uvas que, según parece, nos ha traído el Mariscal.

—¡Cómo! ¿Qué uvas? Yo no he visto aquí uvas—dijo Matrena.—Os divisé ayer en el jardín, Mariscal; pero par-tisteis casi en seguida, y a fe mía que me sorprendió mucho. ¿Qué historia es ésa?

—En verdad, es preciso aclararla. Es absolutamente necesario averiguar qué ha sido de esas uvas.

—Sin duda—dijo Rouletabille,—porque podrían causar una desgracia.

—¡Si es que no la han producido ya!—balbuceó el Mariscal.

—Pero ¿dónde estaban? ¿A quién se las habéis dado?

—Las traía en una cajita de cartón blanco; la primera caja que hallé a mano en casa de Doucet. Vine aquí, y no estabais. Volví luego con mi cajita, y el General estaba acostándose. Yo tenía prisa por tomar el tren. Miguel Nikolaievitch y Boris Alexandrovitch estaban en el jardín, y a ellos les di mi encargo. Coloqué la caja a su lado en la mesita del jardín, rogándoles que *no olvidaran decirnos que había que lavar las uvas, como expresamente lo recomendaba Doucet*.

—¡Es increíble! ¡Es espantoso!—exclamó Matrena.—¿Dónde estarán esas uvas? ¡Hay que averiguarlo!

—Es absolutamente preciso—repuso Rouletabille.

—Preguntaremos a Boris y a Miguel—dijo Natacha.—¡Dios mío! ¡Quizás las hayan comido! ¡Tal vez estén enfermos!

—¡Aquí vienen!—dijo el General.

Todos se volvieron. Miguel y Boris subían ya las gradas de la galería. Rouletabille, que se había colocado en el rincón más oscuro, debajo de la escalera, no perdía de vista el rostro de ambos, que eran para él como dos enigmas que deseaba descifrar. Ambos estaban sonrientes; demasiado sonrientes tal vez.

—¡Miguel! ¡Boris! ¡Venid acá!—gritó Feodoro Feodorovitch.—¿Qué habéis hecho con las uvas del Mariscal?

Al oír esta brusca interrogación se miraron uno a otro, como si no comprendieran la pregunta; luego, recordando de pronto, declararon con absoluta naturalidad que las habían dejado en la mesa del jardín, y que no habían vuelto a pensar en ellas.

—¿Habéis, pues, olvidado mi recomendación?—preguntó severamente el conde de Kaltsof.

—¿Qué recomendación?—dijo Boris.—¡Ah, sí! ¿El lavado de las uvas? ¿La recomendación de Doucet?

—¿Sabéis lo que le ha ocurrido a Doucet con esas uvas? Su hijo mayor ha muerto envenenado. ¿Comprendéis ahora la necesidad de saber qué ha sido de las uvas que os di?

—Las habrán encontrado en la mesa—dijo Miguel.

—No se ha encontrado nada—replicó Matrena, que tampoco perdía de vista la fisonomía de los dos oficiales.—¿Cómo es que ayer marchasteis sin despediros, sin vernos, sin preocuparos siquiera de averiguar si el General podía necesitaros para algo?

—Señora—contestó Miguel fríamente, militarmente, como si respondiera al General mismo,—tenemos que ofrecer todas nuestras excusas. Hemos de hacer una confesión, y espero que el General nos perdone. Durante el paseo, Boris y yo tuvimos una disputa, que había llegado al máximo de acritud cuando volvimos aquí, y discutíamos los medios de resolverla lo más pronto posible, cuando el Mariscal entró en el jardín. También nos excusamos por haber escuchado distraídos lo que nos dijo. Tan pronto como hubo partido, no tuvimos más pensamiento que salir para resolver nuestra querrela con las armas en la mano.

—¿Sin haberme hablado de ello?—interrumpió Trebasof.—¡Nunca os lo perdonaré!

—¡Batiros en tales momentos, cuando el General está amenazado, es como si lo hicierais delante del enemigo! ¡Eso es una traición!—exclamó Matrena.

—Señora—dijo Boris,—no nos hemos batido. Alguien nos ha hecho comprender nuestra falta, y yo ofrecí mis excusas a Miguel Nikolaievitch, que generosamente las ha aceptado. ¿No es eso, Miguel Nicolaievitch?

—¿Y quién os ha hecho comprender vuestra falta?—preguntó el Mariscal.

—Natacha.

—¡Bravo, Natacha! ¡Ven a abrazarme, hija mía!

Y el General estrechó efusivamente a su hija contra su robusto pecho.

—¡Y espero que no disputaréis más!—gritó por encima del hombro de Natacha.

—Os lo prometemos, General—declaró Boris.—Nuestra vida os pertenece.

—Mi vida se porta bien. ¡Tratemos de hacerlo todos! He pasado una excelente noche, señores. ¡En un sueño no interrumpido!

—Es verdad—dijo Matrena.—El General no ha necesitado el narcótico. Durmió como un niño, sin haber tocado a la poción.

—Y mi pierna va muy bien.

—De todos modos, es singular que esas uvas hayan desaparecido—repetía el Mariscal, preocupado con su idea fija.

—¡Ermolai!—gritó Matrena.

El intendente compareció.

—Ayer tarde—le dijo su ama,—cuando estos señores salieron de la casa, ¿no viste una cajita blanca en la mesa del jardín?

—No, barinia.

—¿Y los criados? ¿Hay alguno que esté enfermo? ¿Los *dvornicks*? ¿El *schwitzar*? ¿Nadie está malo en la cocina? Ve a verlo. Entérate.

Ermolai volvió diciendo:

—Nadie está enfermo.

Como el Mariscal, Matrena Petrovna y Feodoro Feodorovitch se miraban, repitiendo en francés: “¡Ningún enfermo! ¡Es extraño!”, Rouletabille dió una explicación plausible... para los demás.

—General—dijo,—no hay nada de extraño. Ha robado las uvas, y se las ha comido, algún criado glotón; y si no ha sentido indisposición alguna, será porque las uvas que trajo el Mariscal no habían sido impregnadas con la *papilla bordelesa*. En eso está todo el misterio.

—Este joven debe de tener razón—exclamó el General encantado.

—¡Siempre tiene razón este muchacho!—añadió Matrena, tan orgullosa de él como si fuera su madre.

Pero “el muchacho”, aprovechándose de las congratulaciones a que dió lugar la llegada de Atanasio Georgevitch y de Iván Petrovitch, salió de la quinta, llevando en el bolsillo el pomito que contenía lo que hace vivir a las uvas y puede hacer morir a un general en excelente estado de salud. Cuando ya había andado dos o trescientos metros dirigiéndose a los puentes que era necesario atravesar para entrar en la población, le alcanzó un *dvornick* que corría hacia él jadeante, y que le entregó una carta recién llegada por el correo. La escritura del sobre le era totalmente desconocida. Lo rompió, y leyó estas palabras, escritas en excelente francés: “Se ruega a M. José Rouletabille que no se mezcle en cosas que no le incumben. Esta segunda advertencia será la última.” Y firmaba: “El Comité revolucionario.”

—¡Ah!—dijo Rouletabille, guardándose el papel en el bolsillo.—¡Esto se complica! Por fortuna, ya no tengo que preocuparme de nada. Ahora le toca el turno a Kuprian. ¡Vamos a casa de Krupian! Con aquella fecha figuraba en la cartera de Rouletabille la siguiente observación: Natacha a su padre: “¿Has pasado

buena noche, papá? ¿Has tomado el nar-

cótico?” ¡FORMIDABLE! Y (a menos

de confundir el Cielo con el In-

fierno) *no tengo el dere-*

cho de tomar una

nota (1).

(1) En efecto; a partir de aquel día no había ninguna nota más en la cartera de Rouletabille. La última fué ésta, extraña, romántica, y *necesaria*, como indica Sinclair, abogado de los tribunales de París y amigo de Rouletabille, en cuyos papeles hemos encontrado los elementos para esta obra.